

Nicholas C. Prata

Ángeles de acero

Traducción de
Carlos Gardini

 ALAMUT

El autor desea agradecer a Carolyn Muentner y Mark E. Rogers sus valiosos consejos literarios. También desea dar gracias a sus padres, Russell y Susan, por su constante amor y respaldo.

«Viles hospitalarios, llenos de fervor
y exentos de flaqueza.»

Imad al-Din, cronista musulmán

Nota histórica

En el siglo XVI, la fortuna de la guerra constante entre el Islam y la Cristiandad se volcó resueltamente a favor del Islam. El Imperio otomano, conducido por la hábil y ambiciosa mano del sultán Solimán el Legislador, tanteó reiteradamente a una Europa dividida. Dueño de una maquinaria bélica impetuosa y eficaz, Solimán proclamaba que erigiría una mezquita en Roma después de destruir la Europa cristiana.

Tres veces los otomanos emprendieron ataques a gran escala contra la Europa occidental. Una victoria turca en las grandes batallas de Viena, Lepanto o Malta habría concretado el sueño de Solimán y alterado el rumbo de la civilización occidental.

Nota sobre la traducción

Las citas de la crónica de Balbi de Correggio (*La Verdadera Relación de todo lo que este año de MDLXV ha sucedido en la Isla de Malta*) están tomadas de la siguiente edición:

Francisco Balbi de Correggio, *Diario del Gran Asedio de Malta, 1565*, modernización ortográfica de Luis Zolle (Madrid, Fernando Villaverde Ediciones, 2007)

1

Rodas, 1 de enero de 1523

Rodas, morada de los Caballeros de San Juan del Hospital, había soportado un agotador e implacable asedio turco durante seis meses. Las vastas fuerzas del sultán Solimán habían asolado la isla en su afán de desalojar a los tenaces caballeros del lugar donde habían residido durante doscientos años. Edificios y murallas yacían en ruinas. Enormes grietas surcaban el suelo, testimonio de la destrucción causada por las minas y los túneles derrumbados. Cuadrillas turcas se refugiaban detrás de los terraplenes mientras fatigados caballeros seguían sus movimientos desde altas almenas.

Ahora, sin embargo, reinaba la tranquilidad. Ningún cañón cristiano ni turco tronaba en tierra ni en el mar. El gran maestre de la orden, Phillipe Villiers de l'Isle Adam, había aceptado la invitación de Solimán a parlamentar, y corría el rumor de que aceptaría las condiciones para una retirada honorable.

El estandarte hospitalario, una cruz blanca de ocho puntas sobre fondo rojo, pendía sobre la torre de San Nicolás.

Las heladas almenas de la encantadora Rodas, «el jardín del Mediterráneo», humeaban detrás de la silueta adusta de un imponente caballero provenzal con armadura. Jean Parisot de la Valette aguardaba entre sus hermanos para ser evacuado a una galera. De l'Isle Adam había asegurado la supervivencia de la orden a costa de su amada isla. El joven sultán, impresionado por la fiera defensa de los caballeros, y ansiando que se fue-

ran de Rodas, les había ofrecido condiciones inusitadamente benignas. Los caballeros partirían con todas sus armas, pertenencias y buques. Todos los civiles que desearan acompañarlos podrían marcharse con ellos.

La aceptación del gran maestro, aunque sabia, no gozaba de popularidad entre La Valette y sus hermanos monjes. La Valette, que aún no había cumplido los veintiocho, sobrellevaba la derrota con juicioso silencio, pero sus compañeros no callaban su consternación. Vástago de una familia cuyos hijos habían marchado con el ejército cruzado de San Luis el Piadoso, él consideraba la derrota como una afrenta a Dios y un agravio al honor personal.

Aunque la heroica defensa de Rodas sería inmortalizada en Europa, y las heridas de los hospitalarios encontrarían un bálsamo en consignas tales como «Nada en el mundo se perdió tan dignamente como Rodas», el futuro de la orden parecía aciago. En una época de incipiente nacionalismo, una orden religiosa soberana y multinacional que profesaba lealtad al papa era un anacronismo indeseable. Pocos reyes europeos consideraban que la continuación de la presencia de la orden fuera necesaria o beneficiosa.

Un tonel de pólvora explotó en las líneas turcas y caballeros suspicaces se giraron al oír la detonación. Muchos temían que Solimán hubiera violado la tregua después de sacarlos de sus fuertes posiciones mediante una artimaña. Un clamor se elevó en el muelle mientras los hombres empuñaban sus armas.

La Valette permaneció inmóvil. No temía la traición ni la muerte después de ceder terreno a los enemigos de Cristo. El gran maestro había aceptado las condiciones de Solimán a pedido de la maltrecha población de Rodas, pero tales consideraciones no aplacaban la aflicción de La Valette.

Arrojó un guantelete y se frotó los ojos inflamados que resplandecían en su rostro severamente guapo, sucio de hollín. *No culpo al gran maestro, pensó, pero yo habría defendido este lugar, aunque nos atacara todo el Islam.* Se apoyó en la espada. *Hasta el último hombre.*

La Valette se puso a divagar. ¿Dónde se instalaría la orden? Sintió una súbita oleada de nostalgia, como si ya estuviera a

mil millas de la isla. *Esta derrota es una píldora amarga.* Pensó en su joven hermana, en Francia. *¿Mis parientes verán la media luna turca flameando sobre nuestras tierras?*, se preguntó con vergüenza.

La Valette se quitó la celada de la cabeza rizada.

—Dios, cómo hemos fracasado —suspiró.

—¿Hermano Jean? —preguntó un caballero.

La Valette miró al hombre, un italiano a quien el sitio había convertido en alguien más allegado que un pariente.

—¿Sí?

El italiano señaló una planchada.

—Es nuestro turno.

La Valette asintió.

—Yo iré en último lugar —dijo.

Fue entonces cuando la orden arrió su enseña de la torre de San Nicolás. Mirando a través de las calmas aguas del Mandraccio, La Valette observó la cruz hospitalaria que bajaba por el mástil y desaparecía tras los muros.

Se sintió como si lo hubieran apuñalado y rogó en silencio quedarse ciego antes de volver a ver semejante cosa.

2

Sala del trono de Solimán el Magnífico, invierno de 1563

—Sultán de los otomanos, delegado de Alá en la tierra, señor de los señores del mundo, dueño de los cuellos de los hombres —exclamó el mayordomo de atuendo brillante mientras Solimán estudiaba al viejo de túnica negra que se inclinaba ante él. El sultán apenas pudo reprimir una sonrisa mientras la barba gris del visitante barría el bruñido suelo de mármol.

El maestro de ceremonias continuó.

—Rey de reyes, rey de los creyentes y los infieles, emperador de Oriente y Occidente, príncipe y señor de la constelación más venturosa, majestuoso César.

Solimán observó al anciano súbdito que se mecía frente a él. *Las costumbres cortesanas deben fastidiar al viejo Dragut. Con razón permaneció alejado tanto tiempo.*

—Sello de la victoria—continuó la voz—, refugio de todas las gentes del mundo entero, sombra del Todopoderoso que otorga serenidad a la tierra.

Solimán se acomodó el turbante enjoyado con manos gotosas y le hizo una señal a un esclavo postrado.

—Agua —murmuró. Más tarde, a solas, el prohibido vino aliviaría su artritis.

El esclavo le entregó la copa. Solimán bebió un sorbo y silenció al mayordomo con un ademán. La sala del trono quedó en absoluto silencio; los hombres ni siquiera se atrevían a respirar.

El sultán volvió a estudiar al famoso pirata Dragut Rais, gobernador de Trípoli. El octogenario Dragut, diez años mayor que

Solimán, había logrado el pequeño milagro de arquearse delante del trono. Dragut se mantuvo en esa precaria posición sin quejas, como para asegurar a Solimán su sumisión total: el corsario había desafiado a la corona más de una vez en el pasado.

Yo no podría encorvarme tanto sin caerme de bruces, pensó Solimán, lamentando su barriga. Dragut era delgado y sus manos curtidas eran ásperas como piedra. La impresión general era de aptitud física. *Un hombre extraordinario.*

Dragut se había convertido en la mayor arma de Solimán en los años recientes y había conquistado sus favores porque sembraba el pavor en los corazones cristianos. Sus sensatos consejos eran gratos a los oídos del sultán y el monarca, presa de la soledad desde la muerte de su esposa favorita y la rebelión de su hijo mayor, sentía gran admiración por el pirata, casi afecto.

Ojalá mi armada luchara tan bien, pensó Solimán con belicoso rencor; sus galeras eran constantemente derrotadas por las naves cristianas. Sólo Dragut brillaba entre las mediocres fuerzas navales del Islam. Sólo las rápidas galeras de los Caballeros de San Juan, y muy pocas, estaban a la par de la destreza marítima de Dragut.

—Erguid la cabeza, mi señor Dragut —entonó Solimán con practicado aburrimiento—. Estamos demasiado viejos para estas formalidades.

El cuerpo nervudo del corsario crujió como una arboladura mientras se enderezaba. Se aplanó la barba tupida contra el pecho y se acomodó la cimitarra en la cintura. Sus ojos taimados y oscuros relumbraban con un fulgor inextinguible.

—Muy graciosa majestad —dijo, con levisimo sarcasmo.

Solimán alzó una mano trémula.

—Acepto vuestro tributo y os bendigo. Que Alá os bendiga también.

—Serenísimo señor.

Solimán se volvió al mayordomo, que ya se había acercado.

—Satisface las necesidades de Dragut antes de llevarlo a la cámara de observación.

—A vuestras órdenes, Legislador —dijo el sirviente, con una profunda reverencia.

Dragut entró en la modesta cámara de observación y Solimán expulsó a los esclavos. El sultán, tendido en un diván, alzó la vista.

—Ponte cómodo.

—El sultán es demasiado amable. —Dragut se desabrochó la espada y se repantigó con gratitud en un diván. Cogió el sorbete que lo aguardaba y estudió un cuenco de frutas.

—¿No te alimentaron? —preguntó Solimán.

—Sí, Legislador, pero a mi edad todo bocado es bienvenido. —El rostro arrugado de Dragut se contrajo en una sonrisa—. Uno nunca sabe cuándo Alá requerirá su presencia en el paraíso.

Solimán asintió.

—Cierto, muy cierto. Confío en que Dios misericordioso haya velado por tu nave y no hayas tenido contratiempos.

—Fue un viaje tranquilo, nobilísima majestad.

—¡Por favor! —dijo Solimán—. Llámame «señor» y nada más. Deja el lenguaje florido para hombres con más tiempo y menos ideas.

Dragut sonrió.

—Muy bien, señor.

Solimán tragó un puñado de higos y eructó ruidosamente.

—Hablando de flores, ¿has visto mis jardines? —preguntó con cierto orgullo.

—No, señor.

—Pues los verás antes de regresar al África.

Los dos ancianos comieron en silencio. El sultán observó mientras Dragut devoraba un racimo de uvas; el pirata no pareció reparar en el escrutinio.

—¿Llegaste a ver a esos perros del mar? —preguntó Solimán—. ¿Esos hospitalarios? —añadió con indolencia.

—No, gracias a Dios Todopoderoso —respondió Dragut con una adusta carcajada.

Solimán enarcó una ceja poblada.

—¿Aun la «espada desnuda del Islam» teme a esas víboras?

—Claro que sí, señor. No subestimo a ningún enemigo. La complacencia lleva a la destrucción.

—Muy sabio. ¿Acaso yo tomo a mis adversarios a la ligera?

Dragut fingió alarma.

—Mi señor de Oriente y Occidente, ¿cómo podéis decir esas cosas? Sois el instrumento de Alá, así como yo soy el vuestro.

Solimán asintió.

—Pero ya que abordáis el tema —Dragut cogió una uva—, debo deciros que me aflige que vuestras mercancías sean arrebatadas por un puñado de ladrones que poseen una roca que es indigna de los excrementos de las gaviotas.

Solimán rió entre dientes.

—Tú también eres ladrón, amigo mío.

—No, excelso señor —corrigió Dragut—. Soy vuestro humilde corsario. Dejo el latrocinio para los cristianos.

—Entiendo.

—Mi señor, ¿puedo hablar con franqueza?

—¿De qué?

—Malta. —El pirata inhaló—. Mi señor, mientras no hayáis eliminado ese nido de víboras, no podréis hacer nada en ninguna parte. Malta es débil, pero su maestre es fuerte y es un enemigo implacable de la fe verdadera.

Solimán entornó los ojos.

—Tú conoces al maestre de esos caballeros, ¿verdad? —recordó.

Dragut, que había erigido una pirámide de cráneos cristianos después de conquistar Trípoli, tembló al recordar el momento más doloroso de su vida.

—Le conocí —dijo.

Solimán aguardó.

—Hace muchos años —continuó Dragut—, fui capturado por los caballeros y condenado a las galeras. La Valette, el maestre de Malta, estaba entre mis captores.

Solimán parecía genuinamente consternado, aunque tanto él como Dragut habían condenado a miles de hombres a la muerte viviente de los remos.

—Un hombre menudo y maligno, sin duda.

—No, mi señor. Era alto como un jenízaro y tenía cierta apostura. Cuando le oí hablar, supe que un día sería maestre.

—¿Qué dijo? —preguntó el sultán, interesado.

—Se inclinó y dijo: «Monsieur Dragut, es la usanza de la gue-

rra». Y creo que su compasión era sincera. También él fue condenado a galeras en un tiempo.

—¿Qué le respondiste?

—Le respondí: «También lo es el cambio de fortuna». Gracias a Alá, pronto fui liberado. —Dragut escrutó los ojos del sultán—. Seguirá transformando a vuestros marineros en comida para peces mientras Malta albergue sus bajeles.

Solimán recibió esa acusación con una mueca.

—Expulsé a esos caballeros de Rodas hace muchos años.

—Y han vuelto para hostigaros.

El estómago de Solimán se agrió de irritación. De pronto quiso estar a solas.

—Déjame por ahora —ordenó.

Dragut se levantó al instante y cogió el sable.

—Mi señor —dijo con una reverencia.

El estómago de Solimán empeoró. Permaneció desvelado en el diván hasta altas horas de la noche. ¿Por qué no había conquistado Malta? Los magníficos puertos de la isla, a sólo un día de Italia, eran lanzas contra el bajo vientre de Europa.

Mi mente debe estar flaqueando, pensó, recordando que su jefe de eunucos y la niñera de su hija habían sido capturados por los caballeros. Hasta el imán de la gran mezquita le había recordado que buenos musulmanes languidecían en las mazmorras de los hospitalarios.

—¡Sólo tu espada invencible —había dicho el imán— puede romper las cadenas de los desdichados, cuyos gemidos llegan al cielo!

Solimán sintió el hormigueo de la artritis en los brazos al pensar en los caballeros. *¿Dejarás impunes a estos hospitalarios cuando vayas al paraíso?* Se masajeó las manos doloridas.

—Es indudable que Dragut tiene razón —dijo.

El sultán citó a Dragut por la mañana. El aplomado Dragut tenía aspecto de haber dormido bien, aunque los espías de Solimán informaban que se había pasado la noche estudiando mapas.

—Mi señor —dijo con una reverencia.

—¡Debo aplastar Malta!

Dragut parecía complacido.

—Semejante proeza transformaría el Mediterráneo en tu lago —prometió—. Tu cimitarra ha cosechado muchas victorias más difíciles. Malta tiene pocos defensores, y no está bien fortificada.

—Y desde Malta tomaré Italia... y Roma. —Los ojos de Solimán ardieron de determinación—. ¡Será mi última y más grandiosa tarea, antes de marchar triunfante al cielo!

Sólo entonces Dragut comprendió que el apetito de conquista de Solimán se había agudizado mucho más que en años. No debían poner en jaque la misión por exceso de confianza o precipitación.

—¿Puedo sentarme, mi señor? —preguntó.

Solimán asintió enérgicamente.

—Debe hacerse —dijo Dragut al cabo de un instante de reflexión.

Solimán se puso de pie. Sentía vigor en las venas y un estremecimiento en la entrepierna; pensó en hacer una infrecuente visita al harén, donde arrojaría su pañuelo junto a la primera mujer que le atrajera.

—Dos veces me rechazaron en Viena, pero tomaré la patética Malta y seguiré viaje hasta Inglaterra. Siento en los huesos que es voluntad de Alá que Europa sea ganada para la fe verdadera.

—Solimán se dispuso a ir al serrallo.

—Primero debemos conquistar a los caballeros, mi señor —le advirtió Dragut.

Solimán escupió en el suelo.

—Ya vencí a esos perros en Rodas, y sólo se salvaron gracias a mi clemencia. ¡Ahora digo que, por sus continuas correrías y ofensas, serán aplastados y destruidos por completo!

3

Malta, invierno de 1564

Sir Oliver Starkey, último representante de Inglaterra en la Orden de San Juan, se hallaba en la muralla norte del fuerte San Ángel, mirando sobre el Gran Puerto hacia San Telmo. Este fuerte diminuto se hallaba en la península rocosa conocida como monte Sciberras, que separaba el Gran Puerto del puerto menor, Marsamuscetto. Las blancas rocas de Malta relucían en ese día gélido y soleado, y el anciano caballero entornaba los ojos para protegerse del resplandor; su vista se había vuelto delicada a causa de sus tareas como secretario de latín del gran maestro.

La sencilla sotana de Starkey, el atuendo normal de un caballero en tiempos de paz, era negra con una cruz blanca en el pecho. El hábito flameaba en la brisa arremolinada y hacía resallar el rosario de ciento cincuenta cuentas que le colgaba del cuello.

Aves marinas graznaban en el cielo. El estrépito de los martillazos se elevaba desde el astillero.

Solimán vendrá cuando el tiempo mejore con la primavera, pensó Starkey. Se apoyó en la muralla de piedra y miró al este, hacia el mar azul. Las aguas encrespadas le evocaron su primer servicio en una galera de la orden; entonces él era uno de muchos caballeros ingleses. Recordó con dolor que Enrique VIII había anulado y proscrito la orden cuando los caballeros se negaron a aceptar al rey como pontífice. Su rostro redondo y rubicundo se aflojó al recordar las torturas que Enrique había

infligido a los fieles caballeros ingleses. El monarca había asesinado con saña a los que rehusaban abandonar su fe, y entre los hombres martirizados se encontraban amigos íntimos de Starkey, y caballeros distinguidos.

Con un solo acto amputó nuestra Lengua, reduciendo las ocho puntas de la cruz a siete, pensó Starkey, temblando de rabia. Y después de tanto revuelo, lo único que consiguió fue el lánguido Eduardo.

Starkey arrancó un guijarro de la muralla y lo miró caer cerca de los obreros que reforzaban las defensas de San Ángel. En toda la isla los hombres trajinaban para apuntalar las precarias fortificaciones de Malta. Todos los días el gran maestro se paseaba entre los obreros, haciendo preguntas perspicaces e impartiendo instrucciones. La Valette, con sus setenta años, trabajaba de sol a sol, como un poseído. Nunca entregaría Malta, proclamaba, ni permitiría que la isla cayera por falta de preparación.

—Malta no será otra Rodas —le dijo a Starkey.

San Ángel, San Telmo y San Miguel contra el Gran Turco. Starkey miró hacia el fuerte San Miguel, que se hallaba en la modesta aldea de Senglea. Senglea debía su nombre a un viejo gran maestro y estaba a un tiro de mosquete del astillero. *Éramos fuertes en Rodas, y aun así fracasamos, pensó. Quizá el gran maestro se equivoque al defender este lugar.*

—En Rodas el enemigo podía forrajear en el «jardín del Mediterráneo» —había dicho La Valette—. En la Roca, comerá arena y espuma de mar.

El inglés escrutó la inhóspita Malta, que bien merecía el apodo de la Roca. No se podía imaginar un sitio más yermo y desolado. El archipiélago maltés, que consistía en dos islas principales y varias islas pequeñas, tenía apenas veinticinco millas de longitud. Malta sólo medía dieciocho millas por nueve, y Gozo, al norte, apenas ocho por cuatro. El suelo era una capa delgada, estéril y pedregosa, y la madera era tan escasa que se vendía al peso.

El emperador Carlos V no había un hecho un gran favor a los caballeros al regalarles Malta en 1530. El monarca español se alegraba de deshacerse de la Roca, y el gran maestro De l'Isle

Adam había aceptado porque era evidente que tendría Malta o no tendría nada. Además, los malteses tenían justificadas aprensiones en cuanto a la orden. Para esos pescadores pobres y analfabetos, los Caballeros de San Juan (nobles de por lo menos cuatro generaciones por el linaje de ambos progenitores) eran intrusos arrogantes. Los malteses sabían muy bien que sus hijos quedarían excluidos del servicio de San Juan, pues Malta no pertenecía a las ocho Lenguas. Por su parte, muchos de esos rancios caballeros cometían la imprudencia de considerar a los nobles de Malta meros caudillos de aldea y trataban poco con ellos. Los hospitalarios dejaron con gusto a los malteses la capital Mdina, en medio de la isla, y se asentaron cerca de los puertos, donde ejercían su oficio de marinos.

No obstante, los caballeros y los malteses coexistían pacíficamente. Aunque los hospitalarios despreciaban la heráldica maltesa, eran buenos para la economía y daban generosas limosnas. Además, la presencia de la orden impedía los ataques musulmanes, salvo los más serios. Con frecuencia, antes de 1530, y recientemente, en 1551, cuando Dragut había arrasado Gozo, los invasores musulmanes se habían llevado cautivos malteses. Aunque los malteses no amaban a los caballeros, aceptaban de buen grado su protección.

Starkey se imaginó a sus hermanos cristianos arreados a las galeras y por un momento desesperó. La fría lógica de La Valette de pronto parecía buen consejo. La orden debía defender Malta por los campesinos, y también por su prestigio. *¿Pero quién nos ayudará?*, se preguntó. *Hasta Francia, patria de La Valette, tiene un pacto con Solimán. ¿Y por qué Dios nos otorgaría la victoria aquí tras permitir que perdiéramos Tierra Santa?*

Una voz menuda interrumpió las cavilaciones de Starkey.

—Amo —dijo un paje en italiano. El italiano y el francés se habían convertido en los idiomas de la orden para el diálogo entre las Lenguas, aunque se consideraba cortés decir unas palabras en la lengua materna si uno podía hacerlo. Pocos caballeros sabían inglés.

Starkey miró al joven de pelo negro, paje de La Valette y candidato para ingresar en la orden.

—Sí, Vincenzo.

—El gran maestro desea veros.

—¿Ya son las vísperas? —reflexionó Starkey. *¡Cómo vuelan los días este invierno!*

—Desea veros en su casa solariega, no en la iglesia.

—Gracias, hijo mío. Ya voy. Puedes marcharte.

El joven hizo una reverencia y se alejó a la carrera.

Starkey golpeó la puerta del estudio de La Valette, que ostentaba el escudo del gran maestro.

La voz calma y resonante de La Valette penetró la puerta.

—Adelante.

Starkey entró y se inclinó levemente ante su íntimo amigo y confidente. La Valette estaba sentado a un gran escritorio. Romántico renuente, atesoraba la compañía de Starkey como recordatorio de la época en que el convento estaba constituido por ocho albergues en vez de siete.

—Sir Oliver —dijo con voz inusitadamente grave—. Sentaos.

—Starkey se sentó ante el escritorio y aguardó. La Valette lo estudió con ojos claros.

«Su semblante tiene la rúbrica del héroe», había comentado un admirador de La Valette, y la verdad de esas palabras era incuestionable. Aun sentado, el gran maestro tenía un porte imponente. Sus anchos hombros llenaban la túnica negra que cubría su porte erguido, y los años no habían afectado su rostro barbado. El cabello blanco que asomaba por el sombrero negro era rizado y tupido, y la barba era poblada y pulcra. Sus manos grandes y nudosas, que descansaban en el escritorio, no temblaban con la edad, sino que permanecían serenamente en reposo, aguardando su próxima tarea. Veinte años atrás esas manos habían empuñado un remo turco en una galera infestada de ratas y enfermedades, y en una época en que un cincuentón se consideraba viejo lo habían mantenido con vida hasta que se pagó el rescate. Aún estaban habituadas al trabajo, y aún revelaban vigor.

El rasgo más notable del gran maestro, sin embargo, eran sus penetrantes ojos azules, que no habían perdido la menor agudeza en los cuarenta años transcurridos desde Rodas. Si los ojos son la ventana del alma, los ojos de La Valette sugerían un

alma excepcional, y aunque podían parecer duros, en ellos no había engaño. Eran los ojos de un hombre que no temía la vida ni la muerte, y delataban una voluntad templada por una fe rayana en el fanatismo. Entre sus hermanos La Valette inspiraba reverencia, casi temor, y su mera presencia impulsaba a los hombres comunes a realizar esfuerzos sobrehumanos. Cada palmo de su ser lo proclamaba un guerrero, y su comportamiento resuelto prometía que sólo la muerte lo obligaría a envainar la espada.

—Deseo compartir ciertas noticias antes de asistir al consejo —dijo La Valette, refiriéndose al Sacro Consiglio. Ese cuerpo asesor consistía en pilieres de cada Lengua, el obispo de la orden, varios administradores y caballeros gran cruz.

—¿Habéis recibido una visita, maestro? —Starkey olió el tabaco que aún impregnaba el aire.

—Un espía de Turquía —confirmó La Valette—. Un veneciano.

Starkey tragó saliva. Los venecianos, los mejores mercaderes del mundo, eran informadores sumamente hábiles, pero nunca traían buenas nuevas.

—¿Solimán se hace a la mar?

—No —respondió La Valette—. Pero lo hará pronto. Mi agente me cuenta que una vasta flota se reúne en el gran puerto. No menos de ciento setenta galeras.

Starkey sintió desánimo. La orden contaba con menos de diez buques de guerra.

—Ruego a Jesús que estéis equivocado —dijo.

—También yo, pero no dudo de mis agentes.

—¿Defenderéis esta roca? —preguntó Starkey.

—La defenderemos. Yo estaba en Rodas cuando el maestro Adam se rindió. No debemos volver a arriar nuestro estandarte. El Gran Turco tropezará con esta isla de piedra.

Un largo silencio.

—¿Qué debo hacer, maestro? —preguntó Starkey.

—Despacha cartas a todos los hermanos ausentes. Envíalas a sus fincas y sus cortes. Redacta el borrador esta noche.

En las semanas siguientes La Valette vivió prácticamente en los fuertes, exhortando a los operarios, advirtiéndoles de que el su-

dor era más barato que la sangre, y más fácil de reemplazar. Ni siquiera los legionarios de César habían trajinado tanto.

Había gran cantidad de pólvora, agua y alimentos almacenados debajo de Birgu, pero aun así La Valette pidió víveres a Sicilia. El hospital conventual, una reliquia viviente de la época en que los caballeros empuñaban vendas en vez de espadas, estaba aprovisionado con las exiguas medicinas de la época.

Pero el gran maestro no era el único hombre interesado en las empalizadas y la artillería. Solimán también tenía espías, y dos de ellos visitaron Malta como pescadores. Estos hombres, un griego y un esclavón, repararon en cada cañón y evaluaron cada batería antes de regresar al Cuerno de Oro.

Solimán, que supervisaba la construcción de galeras en el astillero de Constantinopla, se alegró al enterarse de que Malta podía caer en pocos días.